

LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 6 DE FEBRERO DE 1896

NÚM. 272

15 CÉNTIMOS



Dibujo de F. Gómez Soler.

Una estrella del Edén... Concert.



Pocas veces he visto tan dividida la opinión del público y crítica como después del estreno de *Doña Perfecta*, de Galdós.

La deprimían unos hasta colocarla muy por bajo de lo más endeble de este autor eminentísimo, y la ensalzaban otros hasta más allá de lo debido.

Ambas opiniones son extremas y alejadas, por tanto, de un justo término medio.

Doña Perfecta, novela, era libro de muy difícil adaptación escénica; libro profundo y tendencioso, de análisis detenido y exquisito, está indeleblemente grabado en la memoria de los lectores españoles. El lector de novela tiene libertad, dentro, naturalmente, de las líneas generales señaladas por el autor, para imaginarse á su gusto *físicamente* el tipo; este tipo suele ser distinto en cada lector, algo vago que sólo él sabe determinar mentalmente. Hay un evidente peligro cuando se intenta personificar en la escena este tipo; en la transformación para el teatro de una novela *de acción* la tarea es fácil porque el personaje tiene más relieve por lo que hace que por lo que piensa; en esta transformación, tratándose de una novela *de caracteres* y de tendencia como como *Doña Perfecta*, el tipo, lo exterior del personaje, que en gran parte para el lector refleja lo interno, ha de ser la fisonomía de un actor ó de una actriz.

Este escollo de la metamorfosis de la novela de Galdós fué salvado á medias. María Tubau *habló* bien el personaje, pero para nadie fué la doña Perfecta imaginada, empezando porque yo mismo, que tenía dentro el tipo *mío*, me dije en cuanto la actriz salió á escena que no era así la doña Perfecta que había encontrado en el libro.

Otro obstáculo mejor y con más fortuna vencido, era la compresión de varios capítulos de hermosísimo examen de caracteres en un acto de exposición todo lo rápida que un acto pide. El primero de *Doña Perfecta* es, en este sentido

y á juicio de todos, felicísimo. Preparado así hábilmente el ánimo del espectador, el segundo acto llegó al público con extraordinaria fuerza teatral en un final digno de la picardía de autor más hecho y experimentado que Galdós. Aquí no cupo discutir el éxito: fué unánime, lo mismo y tan espontáneo arriba como abajo.

El acto tercero reveló nuevamente una verdad ya vieja en el teatro; no puede desviarse una

acción dramática del cauce en que sea ensayada á gusto del espectador, sin riesgo de que éste vuelva la espalda y niegue su atención no solicitada, ya por el interés. Galdós fué en el drama como en la novela á un fin, á una demostración y el público, que en la novela le siguió gustoso, en el drama se quedó en el segundo acto con los amores de *Rey y Rosario*, menos tendenciosos pero más teatrales que las negras intrigas político religiosas de *Doña Perfecta*.

Esta es la razón, sino legítima muy natural, que el público, tuvo para no gustar de la segunda mitad de la obra como de la primera. Pero, no es razón para considerar *literariamente* inferiores los dos actos últimos. Considerados aisladamente son excelentes, y examinados en su relación con los propósitos de la obra son no sólo excelentes sino también necesarios, puesto que, Galdós no se propuso hacer una obra nueva sino dramatizar un libro que fué escrito con un fin, y que no lo hubiera realizado de otro modo en el teatro si en el cambio de forma hubiese cambiado de camino también.

El público tuvo, pues, sus razones para no encontrar tan buena la segunda mitad del drama como encontró la primera, pero creo que Galdós no podía prescindir de dar á su obra el desarrollo que exigía, y por el camino que había de seguir si quería llegarse al fin mismo de la novela.

De otro modo, habría hecho Galdós probablemente un drama más del gusto del público, pero no hubiera sido ya *Doña Perfecta*.

De este y otros extremos puede decirse aun mucho á que se presta la adaptación escénica de uno de los libros más hermosos de nuestro gran novelista.

* * *

La primera víctima del gobernador en su campaña contra los teatros que cierran después de la una, ha sido el de la Zarzuela, que ha pagado en 250 pesetas, el gusto de cerrar sus puertas un día á la una y un minuto de la madrugada.

De nada ha servido, pues, que se pida una racional modificación del reglamento de teatros en este punto.

En cambio, y mientras el gobernador cierra á la una los teatros, quedan abiertos toda la madrugada otros centros de dudosa moralidad, contra los cuales no hay reglamento que valga.

Esta gran hipocresía social que condena el juego y abre los garitos, debiera ser desenmascarada por la ley.

No es la vez primera que digo esto ni será la última. Reglaméntese el juego, pase Jorge á ser persona contribuyente, y no se dé el caso de perseguirle en las circulares y tolerarle en la práctica.

La primera ventaja de este sistema franco y leal, sería la de poder vigilar el vicio, cosa que hoy se hace defectuosamente.

FEDERICO URRECHA.

¡POBRE DON FELIX!

Don Félix Tricolores,
viejo muy rico
y alcalde, al mismo tiempo
de Peña Frita,
se casó hace unos meses
con Rosa Chico
aldeana tan joven
como bonita.
Los dos primeros meses
de matrimonio
hicieron las delicias
de Tricolores
pero, poco más tarde
vino el demonio
en forma de sargento
de gastadores
y las dichas desde este
día maldito

en penas se trocaron
porque ¡oh sorpresa!
llegó á saber don Félix
que el sargentito
hacia buenas migas
con la Alcaldesa
—Atreverse á mi esposa
¡qué felonía!
No puede concebirse
tal desenfado
y ella la muy tunanta
que parecía
una mosquita muerta
¡me la ha pegado!
Preciso es que terminen
esos amores;
necesario es que lave
mi honra manchada

con la sangre maldita
de esos traidores
y, ó con su vida odiosa
quedo vengado
ó, dejo ¡por san Roquel
de ser alcalde.
Tal ¡promesa hizo un día,
desesperado
don Félix, el cual nunca
prometió en balde.
No sé si el buen don Félix
habrá cumplido
la ferviente promesa
que hizo aquel día;
pero que no, supongo,
porque he sabido
¡que anteayer hizo entrega
de la Alcaldía!...

VALENTÍN MOURO.

¡TU QUOQUE...!

Estamos mejor que queremos.

Lo de Cuba se nos lleva la flor de la juventud y una porción de miles de millones de céntimos que nos hacen mucha falta, á todos en general y particularmente á este afectísimo y seguro servidor de ustedes.

En la Península no nos entendemos, por no perder la costumbre y porque el entendernos como Dios manda sería el único camino para que lo de allá fuese bien y la de acá marchara mejor.

Estamos, en fin, como, según un célebre cantar, nos quedamos en el siglo pasado entre Felipe V y Carlos III, no el auténtico, sino el otro, el archiduque que disputó la corona al primer Borbón.

Y por si algo faltaba á nuestra felicidad, nos ha salido en París de Francia una escritora que nos pone buenos, pero buenos.

La princesa Ratazzi, señora de Rute ó la señora de Rute, ex-princesa Ratazzi ó la viuda del ministro de Víctor Manuel y del prohombre fusionista, que en paz descansen, pues de todas

estas maneras y aun de otras varias puede decirse, ha pasado en España muchos años, ha sido perfectamente acogida por lo mejor de la buena sociedad madrileña, ha tenido tiempo más que sobrado para estudiar nuestros usos y costumbres... y no puede negarse que ha aprovechado ese tiempo. ¡Vaya si lo ha aprovechado!

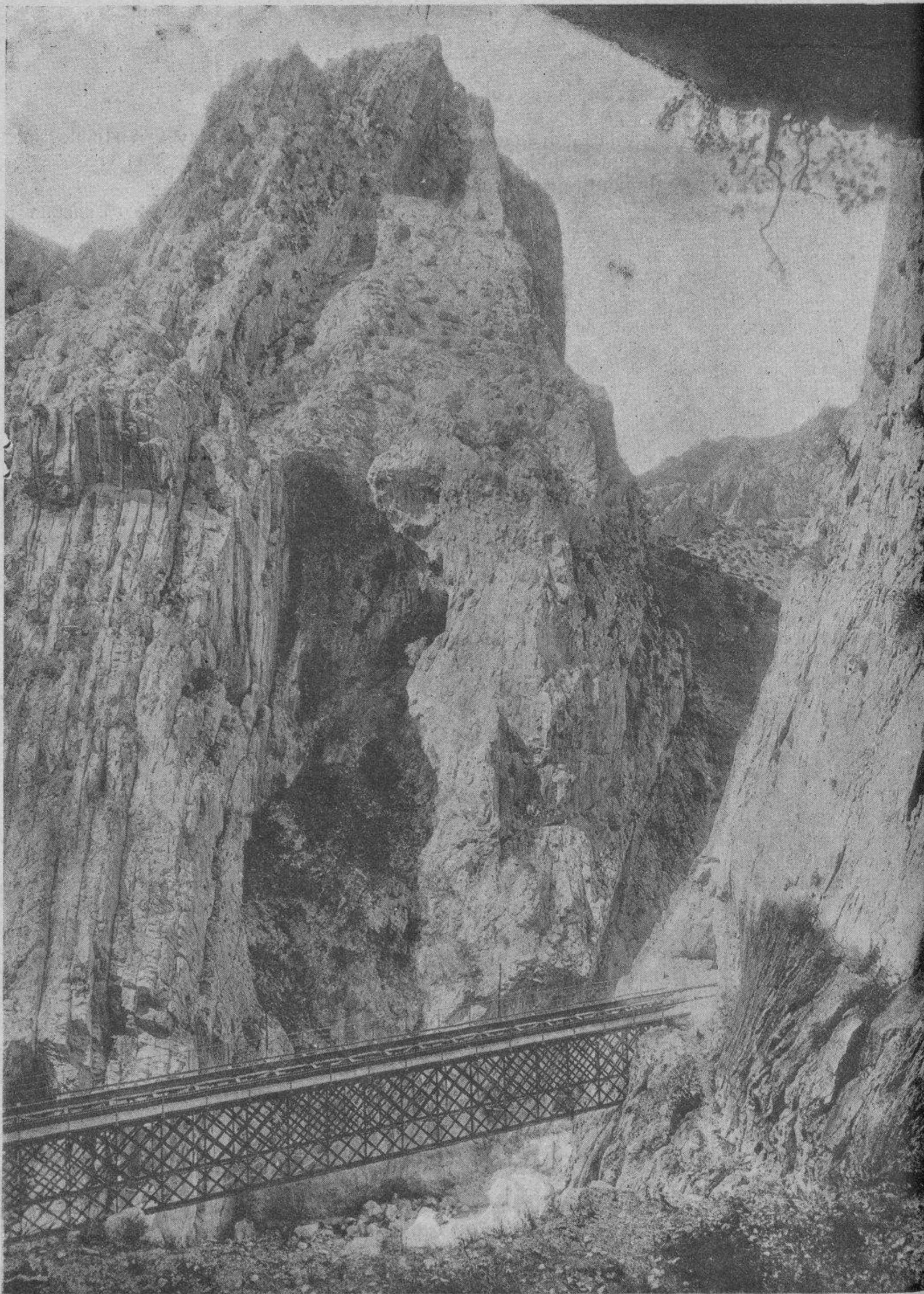
¡Como que me río yo de Alejandro Dumas, padre, de Roger de Beauvois y de todos los escritores franceses que han disparatado, digo, que han escrito respecto á nuestra patria!

La señora de... etc., ha aventajado á esas y á otras muchas eminencias literarias, se ha puesto á cien codos por encima de ellas con un solo artículo de costumbres españolas.

¡Qué verdad respira todo él! ¡Cuán profundo espíritu de observación campea en todos sus párrafos!

De buena gana lo traduciría íntegro para que se convencieran ustedes de que mi entusiasmo es fundado; pero hay manjares que de puro buenos resultan indigestos y deben ser-

VIAJE POR ESPAÑA — MALAGA



Fot. de Hauser y Menet.

Desfiladero del chorro.

VIAJE POR ESPAÑA — MALAGA



Fot. de Hauser y Menet.

Calle del marqués de Larios.

virse á pequeñas dosis, como las medicinas demasiado enérgicas.

Por eso me limitaré á copiar unas cuantas líneas, más que suficientes para que ustedes comprendan lo que será ese monumento literario, pues para muestra con un botón basta y, á veces, hay suficiente hasta con medio botón.

Después de consignar el hecho ciertísimo, evidente, innegable, axiomático, de que la inmensa muchedumbre de desocupados madrileños acostumbra sentarse en el suelo, en las aceras y burladeros de la Puerta del Sol, añade: «Si pasa cerca de ellos una señora que les guste, tiran al suelo su boina azul y la suplican que pasen por encima. Y cuando ella acude á su deseo, lanzan exclamaciones de alegría, revolcándose en el suelo cuan largos son.»

¿Eh? ¿Qué tal?

¿Puede darse mayor exactitud en la pintura de nuestras costumbres?

¡Cuántas veces, nosotros los provincianos, hemos pasado por la Puerta del Sol, y al ver los grupos de gente puesta en cuclillas y desprovista de la característica boina azul, tan generalizada en la corte, hemos pensado:

—¿Qué estarán haciendo esos ahí?

Y es claro, como que no éramos señoras de buen ver ni teníamos tiempo para perderlo en averiguar que significaba aquello, habíamos de marcharnos quedándonos con la curiosidad en el cuerpo.

Pero viene á España la señora de... etc., etc., y en un momento... de algunos años, descubre el por qué de los acostumbrados grupos de gente sentada á la japonesa.

¡Están esperando á que pase una barbiana para que les pise la boina, logrado lo cual, dan unas cuantas zapatetas de gusto y se revuelcan que es un contento.

¡Con razón hay en provincias personas que truenan y relampaguean contra las costumbres cortesanías!

¡Miren ustedes que hacerse pisar la boina y revolcarse de júbilo en plena Puerta del Sol,

no se puede ocurrir más que á esos empecatados madrileños!

Yo no sé si la señora de... etc., etc., etc., ha estado en Barcelona; pero si ha venido aquí y se la antoja tratarnos con tanta justicia como á los madrileños, ya estamos frescos.

Ya me la figuro escribiendo párrafos por este estilo:

«La rambla es el paseo predilecto de la aristocracia barcelonesa; pero la mayoría de los paseantes, llevados de un espíritu industrial y demostrando la vigorosa energía física propia de su raza, trepan á los árboles y van saltando de rama en rama, convirtiendo la larga avenida en un gimnasio gratuito y cogiendo gorriónes que les sirven luego para dar sustancia al sabroso cocido, (*olla pudrida*), que es el plato del país por excelencia.

»Las señoras de las mejores familias de pintarse en casa; salen á la calle con la piel del rostro sin afeitado alguno, hasta llegar á un sitio llamado llano de la Boquería, (*plaine de la Boucherie*), donde las esperan varios complacientes gentilhombres con unas brochas ad hoc, para blanquearlas.

»Como allí las mujeres son generalmente altas y los hombres, en cambio, tienen pequeña estatura, las susodichas brochas están colocadas en unos palos largos, á fin de que los complacientes artistas no tengan necesidad de empinarse.»

Estén ustedes seguros de que, sino dice esto, escribirá algo muy parecido y tan exacto como lo anterior.

¡Vaya con la princesa de... etc., etc., etc., etcétera!

¡Qué modo tiene de tomar el pelo á sus lectores!

Y no digo más porque al fin y al cabo se trata de un individuo del sexo débil.

Pero, ¿no les parece á ustedes que escribir tales dislates es no usar el seso y abusar de las prerrogativas del sexo?

BLAS QUITO.

NUEVAS VISITAS DOMICILIARIAS

También á los teatros se va de *visiteo*.

¿Y cómo no?

Los actores, excepción hecha de los momentos en que están interpretando las obras, ó ensayándolas, y en los que destinan á policía personal, paseo, estudio (?) comer, etc., etc., pueden reservarse para él estudio cuatro ó cinco minutos más. Pasados digo, esos momentos, sus ojos digo, casi llorando, son hombres como todos los demás, de carne y hueso como nosotros.

Quedan pocos actores que duerman aún de buena fe; la mayoría de ellos, hasta en sueños están haciendo la comedia.

Yo sé de uno que no llega á conciliar el sueño, sino se da colorete quince minutos antes de acostarse.

Al salir de casa, después de cenar, dice, esta

noche me pintaré de *color de rosa*, porque así va á ser mi sueño.

Todas las noches dice lo mismo, pero al meterse en cama, á las tres ó las cuatro de la madrugada se da una mano de *tierra de siena* en los molletes que parte los corazones.

Si sueña se le oye éntonar claramente el *dias ire, dies ire*,—como sufragio á los duros que le arrebató *el monte*.

Cuando le pregunto porque se sonríe al pronunciar el *lux perpetua*, dice que por la esperanza de que la *luz divina*, será *perpetua* porque su tía Clotilde que le mantiene los vicios, ha prometido no desampararlo jamás.

Procedamos con orden, como dice el célebre personaje de una de nuestras más antiguas zarzuelas.

Voy á tomar el punto de partida de mi vi-
síteo.

Fuí el teatro de la Zarzuela.

En mi vida vi más tijeretas juntas.

Lo que allí se decía de los otros cómicos y
de los demás corrales, no es para contado.

No hay más que un teatro donde se habla
bien y se canta mejor.

¡El de la Zarzuela!

Aquí la lengua se mueve con verdadera sol-
tura, y la palabra es siempre tersa y limpia-
mente articulada.

—¡Protesto!—decía uno en tono gangoso y
haciendo crecer la palabra en tres ó cuatro sí-
labas.

—¿Quién es ese?

—Guillermo Panini.

Empaonado de maledicencia llegué al teatro
de Apolo, buscando consuelo á mi mal.

¡Buenas y gordas!

En Apolo la murmuración era más atenuada
que en la Zarzuela.

Y conste que ni los actores ni del uno ni del
otro teatro hablaban mal de sus hermanos de
profesión.

En ninguno de los teatros que recorrí, y no
fueron pocos, oía hablar de los cómicos, por los
cómicos mismos; antes al contrario, no se diri-
gian sino frases de respeto y admiración.

Los *habitués* eran los que hacían el gasto,
despellejando al prójimo á su gusto.

En Apolo dicen que sólo allí se hacen zar-
zuelas.

En la zarzuela ídem.

En todos íd. (Llega el amor propio en el tea-
tro, hasta echar vendas á los ojos, que obligan
á los hijos á desconocer la hermosura de los
padres y vice versa).

En Eslava se habló horrorosamente mal de
lo existente, lo que ha existido y lo que ha de
existir.

Y en Martín; toda la conversación, todo en
peso se cayó en el Teatro Real.

¡Martín frente á frente del Teatro Real!

Y que de cosas dijeron aquellos señoritos.

En el Real decía un gomoso de levita que

tendrá frac en cuanto lo asciendan en Aduanas,
«en el Real se han dado las disposiciones más
absurdas que pueden ustedes imaginar.

Ha dispuesto el señor Araco, que hasta los
músicos en noche de representación se vistan
de frac y corbata blanca.

—Pues ya veo de *colín* á cada *nota de teatro*.

—Más valiera que en vez de tanta indumen-
taria, se tratase á las masas con más decoro y
más finamente á las señoras del coro y del bai-
le, que no por ser modestas dejan de ser, me-
nos señoras...

—Apuesto dije—cincuenta contra uno á que
hay gran exageración en todo lo que están us-
tedes contando.

Conozco á don Manuel Araco, muy á fondo,
es hombre sensato, de gran entendimiento y
muy práctico. Si viste á la gente de frac y cor-
bata blanca, sabe bien lo que se hace.

Ese *hábito* aparta al hombre de mil sitios vul-
gares y peligrosos.

No se vá generalmente á las tabernas vestido
en *grande tenue*, como no se va al Veloz ni al
Casino con chaqueta y sombrero redondo. Don
Manuel hace bien en lo que hace, y crea usted
que si el no le saca punta á esa casa, no se la
saca nadie, porque lo entiende. Y en cuanto á
lo que dicen de tratar mal á las tías del barba,
otro infundio. Estaba yo en el teatro cuando
las regañó Luis París.

Jamás, he oído más dulzura ni tonos más
templados. Dicen que Luis tiene el género chi-
co, dentro; mentira, lo que tiene dentro es un
corazón que no le cabe en el pecho, aún ama
al arte, unido á buen gusto irreprochable.

Luis ha entrado en los templos del arte por
la puerta principal, no por los boquetes de las
guardillas.

Estando Luis en el Real, está en su casa.

Al acabar mi excursión, recordé que sólo
los actores no habían hablado mal de sus com-
pañeros: ¿Por qué? No habían tenido tiempo.
Los de cada teatro se habían limitado á hablar
mal de sus empresarios respectivos. ¿Por qué?
Porque les pagaban religiosamente.

RAFAEL M.^a LIERN.

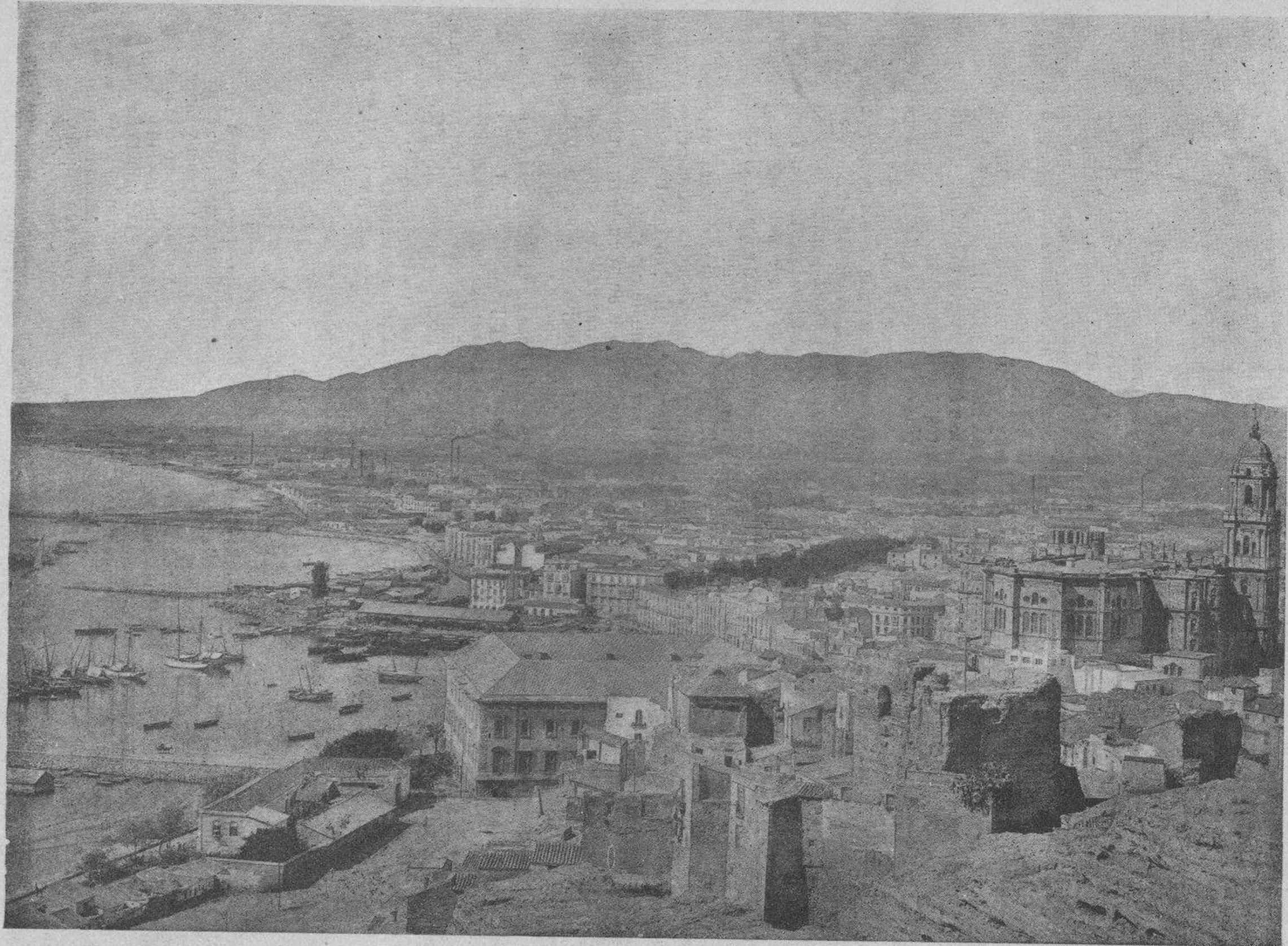
EN SECRETO

La bella Matilde
que es, por su palmito,
por sus ojos negros,
por sus blondos rizos,
por su boca fresca,
por su pie chiquito...
mucho más hermosa
que el Abril florido;
más que si de Venus
hubiera nacido;
más que la más bella
virgen de Murillo;
más que si de manos

de Fidas el gringo
(es decir, el griego)
hubiera salido;
más que Dulcinea;
mucho más que Dido;
más que Elena y Laura;
más que la que hizo
perder la chaveta
á Dante el divino;
más que Cleopatra;
más que, de Rodrigo
la gran concubina
que tantos moritos

nos trajo por casa
hará doce siglos;
más que Lesbia y Clori;
y más, si es preciso,
que todas las Filis
que en el mundo han sido...
de un asunto grave
me ha enterado hoy mismo,
pero, con empeño,
me encarga sigilo;
conque,.... punto en boca
y, adiós, lector pío.

MARIANO CONDE.



Vista desde el Gibralfaro.



Fots. de Hauser y Menet.

El muelle.

MEMORIAS DE UN DELEGADO

Calandraca conserje del Casino de X acostumbraba á hacer historia del pasado de su accidentada vida, á los socios que querían oír sus peregrinas ocurrencias.

En el vestibulo del Casino formábanse algunas tardes un corro, cuyo centro lo ocupaba nuestro narrador orgulloso como un general que dirige el plan de un ataque.

Recuerdo que un día, Calandraca se expresó en estos ó parecidos términos:

«Una mañana de aquellos interminables días de cesantía gubernamental; me llamó el gobernador á su despacho y me dijo, después de un saludo archirespetuoso de mi parte y una mirada de águila doméstica de la primera autoridad civil lo siguiente:

—Sr. Calandraca, necesito que hoy sin falta alguna, marche usted á Tiritaña y me forme un expediente al alcalde y demás señores del margen en forma y manera tales: que no tenga salida. Necesito cuatro varas. Ya lo sabe usted.

El nombramiento lo recogetá en la secretaria. Dietas tres duros y sobre todo mucha energía señor Calandraca, mucho rigor, haga usted una sonada, pero muy sonada, es preciso que hablen de usted.»

Yo, señores, que en aquellos momentos históricos estaba en plena cesantía: pero no una cesantía así como se quiera, no, una cesantía de maestro de escuela que es la poteosis de las cesantías. Por si algunos de ustedes lo ignora, he de decirles que poco antes de aquella fecha había desempeñado una escuela de párvulos precisamente en Tiritaña. Aniquilado por una debilidad, extra llegó un momento en que la anemia me impedía desarrollar el esfuerzo locomotriz para dirigir los pasos desde mi casa á la Escuela.

Los chicos no sabían una palabra y claro; Tiritaña andaba algo escasillo de ilustración, de luces naturales y artificiales.

El Ayuntamiento daba corridas de vacas suizas y peninsulares, pero no se acordaba que el porvenir de la infancia de aquel pueblo pendía de la caja municipal cerrada para mí hacía luengos meses.

Un día el Inspector de primera enseñanza visitó á Tiritaña y la primera visita fué para la escuela. Encontró aquel augusto recinto del progreso en el más absoluto abandono, convertido en el corral de las cabras del alcalde. El Inspector que era un primo lejano del monterilla comprendió al momento lo que ocurría; pero, vaya usted á perder á la familia.

Dos días después me destituían de mi cargo y gracias á la benevolencia de una pareja de la Guardia Civil que me incluyeron entre seis presos que conducían en un carro á la capital; pude yo buscar refugio en el seno de mi familia reducida á un sobrino que era guardia municipal nocturno.

Hechas estas ligeras indicaciones juzguen us-

tedes mi sorpresa al escuchar el discurso del Gobernador.

¡Volver á Tiritaña! ¡Regresar á aquellos lugares que me recordaban días huecos! ¡Entrar por aquella plaza Mayor con toda la prosopopeya de un delegado gubernativo! ¡Triturar á aquel verdugo de mi salud! Y sobre todo señores, aquellas quince pesetas diarias eran cosas todas estas para que un restillo de rubor que guardaba en lo más recóndito de mi sez; asomase á mi rostro y con todo el entusiasmo de un estómago agradecido exclamara.

¡A fe de Calandraca le juro á Vucencia que se hablará de mí!

* *

Era un sábado de gloria, cuando caballero en un escuálido pollino hice mi entrada en Tiritaña con mi nombramiento en la cartera y los certificados que atestiguaban el débito de aquel pueblo á la Caja de Instrucción pública por la suma de treinta mil pesetas.

¡Una friolera!

Iba yo saboreando de antemano la sorpresa que mi presencia debía causar entre aquellos concejales y su digno presidente.

Relamíame la lengua de gusto soñando con ciertos guisos de cabrito que aquellas detonaciones me trajéron á la memoria la costumbre de Tiritaña y otros pueblos de aquella comarca.

Celebraban la Resurrección del Señor, corriendo la pólvora y las balas por las calles y los campos.

Hacían blanco ó negro en un maniquí grotesco que simulaba el apóstol traidor.

Cada cual como dice el refrán, tiene sus maneras de matar pulgas y los tiritañeros demostraban su júbilo con pólvora como los marroquíes en sus ratos de ocio.

Aquello me puso á cavilar.

Un estremecimiento glacial recorrió mi epidermis.

No sé por qué recelé algo desagradable.

Vinieron á mi mente las estadísticas que se hacen todos años por aquella época, resumen de los muertos y heridos que caen bajo el plomo de los tiradores espontáneos.

Porque hay que tener presedte que no son los Judas solos los receptores de las cargas.

El arriero debió advertir algo en mi semblante porque me dijo.

—¡Está usted malo, señorito!

Yo por toda respuesta sonreí: hice un movimiento de hombros y nada contesté.

¡Era la sonrisa del ratón!

Ya no pensaba más que las estadísticas funebre-pascuales.

Hasta había perdido el apetito que era cosa que jamás se me había extraviado.

La verdad, señores, que mi situación no tenía nada de envidiable.

En aquel pueblo no contaba más que enemigos.

Nadie ignoraba que el Gobernador habíame escogido como persona más á propósito para reventar al alcalde y era lógico suponer que entre aquella fusilería podía escaparse una bala homicida que cortare el hilo de mi existencia.

Tuve miedo.

Quise retroceder pero mi mala estrella hizo que el pollino que me sustentaba era portador de la balija del correo y debía seguir adelante; es decir, á Roma por todo.

Y en esta lucha llegamos á la Plaza en medio de un fragor indescriptible que producían las detonaciones de centenares de fusiles.

En medio de un corro de sagales y animándolos con el gesto y la actitud estaba el alcalde empuñando una carabina.

Colgado del pescante de un farol había un muñeco.

Este era el Judas, es decir, fué; por qué desde aquel momento fuí yo el Judas.

El alcalde vió; mejor dicho, me adivinó.

De repente; dirigiéndose á los que le rodeaban señalóme pronunciando algunas palabras que no oí por el ruido y por la distancia.

Gritos de ¡muera! ¡muera! salieron de las gargantas de aquellos energúmenos que me apuntaron con sus fusiles.

No ví más; digo mal; lo único que apercibí á pocos pasos de mi cabalgadura fué una acequia profunda.

Ver los fusiles y arrojarme de cabeza á la acequia fué obra de un instante.

Cuando volví en mi estaba en el cuartel de la benemérita en el más lamentable estado que darse puede.

Mi chaqueta y mis pantalones habían desaparecido.

Mis documentos también.

Juré y perjuré que era delegado del Gobernador Civil.

Todo en balde.

El sargento me hizo ver claro en aquel caso, pues dirigiéndose á un guardia que estaba sentado delante de una mesa escritorio le dijo:

Cabo. Ponga usted ahí.

El sargento dictó.

«Jefe del puesto de Tiritaña á Gobernador Civil.»

«Cogido anarquista cuyas señas envío V. E. mañana llegará esa.»

Entonces lo comprendí todo.

Presentí la mano del alcalde en aquello.

Lo demás ya lo habrán adivinado ustedes.

Llegué á la capital escoltado por una fuerza de la benemérita, y cuando cediendo á mis instancias conseguí penetrar en el despacho del Gobernador, no pudo contener éste, una carcajada homérica al comprender el lamentable error de que había sido víctima.

Yo cumplí mi palabra, querían que se hablara de mí y ¡vaya! si se habló del suceso en la localidad.

A. BARBA.

HOMBRE PREVENIDO...

I

Los primeros rayos del sol naciente, comienzan á bañar los acantilados de la costa, las azules ondas del mar, brillan heridas por la luz con titilantes reflejos, las puertas de las miserables casas de pescadores del barrio marítimo, van poco á poco abriéndose perezosamente, dando paso á los que en lucha continua con los elementos, ganan el pan de cada día, y allá á lo lejos en el límite, á que la vista alcanza, se esfuma confusamente entre la bruma, la perspectiva de un buque de alto bordo que navega en demanda del puerto.

En una de las puertas, aparece la silueta de una mujer que, dirigiendo hacia el mar su excudriñadora mirada, parece querer abarcar con la vista la superficie de las aguas. Gruesas lágrimas velan sus largas pestañas y anchas y profundas ojeras, reveladoras de una noche de intranquilidad é insomnio, dibújense bajo sus negros ojos, que el brillo de la fiebre hace resaltar, sobre el blanco mate de sus pálidas mejillas. Hondos suspiros brotan de sus labios carmíneos, que sonríen tristemente, dejando ver el blanco marfil de sus menudos y apretados dientes, y toda ella respira un tinte tal de melancolía, que entristece al que la contempla.

Dos días hace que su joven esposo, patrón

de la barca *Virgen del Carmen*, de la matrícula del puerto, salió con su pareja á la pesca del *bou*, viéndose sorprendido en alta mar, por la tempestad, sin que aquella tarde, ni en las sucesivas, volviese al muelle del pescado, á atracar como en los días de bonanza.

Inútilmente le había esperado la tarde anterior, sentada sobre el malecón del rompeolas, acompañada de otras mujeres, que también esperaban á sus maridos, y que más dichosas que ella los habían visto llegar, descalza la nervuda pierna, empujando hacia la arena de la playa, la sucia barcaza en que saltaba el pescado recién sacado de las aguas.

En vano preguntó ansiosa al Tío Chipirones, un viejo lobo de mar, que siempre supo luchar ventajosamente con la borrasca, si había encontrado el laúd, ó si por lo menos, había hallado en alta mar algún vestigio que indicase su pérdida. Nadie supo darla noticias ciertas, solamente el Moreno, otro apuesto pescador de morena y tostada tez, á la que debía su apodo, y fino y lustroso bigote negro, había sonreído tristemente, al ser preguntado, enjugándose furtivamente con el envés de la mano, una lágrima que resbalaba por sus mejillas, y había apresurado el paso para evitar enojosas y tristes explicaciones que tampoco la joven se había cuidado de pedir, dando por cierta la desgracia

VIAJE POR ESPAÑA — MALAGA



Vista desde el paseo de la Farola.



Fots. de Hauser y Menet

Vista desde el paseo de la Farola.

VIAJE POR ESPAÑA — MALAGA



Aceia de la Alameda.



Fots. de Hauser y Menet.

Vista general del Castillo.

que adivinaba, y que en medio de su desesperación no se atrevía á creer todavía.

Todos la miraban compasivamente, sin osar preguntarla cosa alguna, sin duda para no agravar más la desesperación que se pintaba en su hermoso semblante, y se encaminaban silenciosamente al muelle, en donde los esperaban los compradores de su insignificante mercancía, que no obstante lo escaso de su valor, costaba la vida de muchos hombres la mayor parte de las veces.

La tristeza de la joven al ver llegar la última barca sin que viniera en ella el que era tan impacientemente esperado, contrastaba singularmente con la alegría de las demás mujeres, que con la sonrisa en los labios, ayudaban á descargar las lanchas que aquel día no venían como otras veces llenas hasta las bordes, sino que apenas dejaban ver en el fondo las plateadas escamas de una pequeña cantidad de pescado.

Era, pues, aquella mañana exigua la ganancia, y estaba en razón inversa de la rudeza del trabajo empleado, á pesar de lo que, aquellas pobres gentes se consideraban felices, lanzando al aire sus alegres canciones y considerándose dichosas por haber escapado con vida de la borrasca.

II

Después de que el Moreno hubo acabado de vender el pescado, y realizado con él, una no despreciable relativa ganancia, tendió cuidadosamente en el suelo las redes, dirigiéndose de nuevo al malecón, junto al que todavía se hallaba nuestra heroína, apoyados los codos sobre la roca y el rostro oculto entre las manos, no sin que dejase de cuando en cuando deslizar una lágrima por entre los dedos, prueba evidente del dolor que la agobiaba.

Llegado cerca de ella, paróse á su lado pensativo y triste, como si pensase en la manera de arrancarla de su ensimismamiento, sin aludir en nada á la desgracia que la embargaba, hasta que después de una larga meditación, se decidió á romper el silencio diciendo:

—¡Micaela!

—¿Quién? ¡ah! ¿eres tú, Moreno? ¿estabas ahí? no te había visto.

—¿Cómo? si no tienes ojos más que para mirar el Océano.

—En él tengo mi dicha, y de él tan sólo espero mi desgracia, ¿que mucho, que le devore con la vista, para arrancarle un secreto?

—¡Ya empezamos! si sigues por ese camino obligado me veré á dejarte á solas con tu infundada desesperación.

—Infundada dices, y hace ya dos días que espero inútilmente, que á todos pregunto en vano, sin que ninguno de vosotros pueda darme el más ligero indicio, de si debo ya considerar huérfano al hijo que llevo en mis entrañas?

¡Bah! no te desesperes, todo en este mundo

tiene remedio; si su padre desapareciera desgraciadamente, cosa que hasta ahora no hay que temer, no faltaría quien de buen grado se prestase á sustituirle, y aun puede que con ventaja; los hijos de los que mueren en el mar lo son de todos, ya lo sabes.

—Sí que lo sé, pero ¿y yo qué he de hacer sin otro apoyo que el suyo? vamos, tú sabes algo; dime si al menos debo perder por completo la esperanza, tú eres su amigo íntimo. Juntos habéis corrido los mayores temporales de ese temido Cantábrico, que tan humildemente viene á lamer las puertas de nuestras cabañas unas veces, y tan airado las asalta otras; anteanoche dijistes que Jaime había quedado á bordo de un vapor, que hallasteis próximo al puerto, y el vapor ha llegado, pero Jaime no estaba en él, no me ocultes nada, ya sabes que tengo valor para todo, ¡pero habla!

—Quita, quita, déjate de aprensiones tontas, espera y confía, que quizás esta tarde le verás llegar sano y salvo.

—¿Eso es cierto?

—¡Que si lo es! ya lo creo, á bordo de un vapor quedó ayer, y seguro estoy de que en él sigue, pero no era el que entró en el puerto, la tempestad le habrá dejado de la costa ayer y hoy que ha amainado el viento le verás de seguro atracar en el muelle.

—¿De veras?

—Y tan de veras, te juro por mi salvación que la tempestad no tiene absolutamente nada que ver en su ausencia, que no puede ser más justificada y que quizás á esa hora venga ya en demanda del puerto. Jaime ha ido á la ciudad para una cosa á la que tú no eres ajena.

—¿Yo?

—Tú, si no te hagas de nuevas, no le dijiste hace ocho días lo que pasaba?

—¿Cómo lo que pasaba! explícate.

—¿No acabas de decir que si Jaime hubiese muerto habria dejado un huérfano?

—Eso supongo, aunque no lo afirmo, dos meses tan sólo hace que Jaime y yo nos unimos ante el altar del Carmen, de la capilla de la Isla, y en dos meses no puede asegurarse...

—¿Qué no puede asegurarse? ¡ya lo creo! tanto puede asegurarse que el verdadero motivo de la ausencia de Jaime no es una queja y que esta tarde le veas llegar acompañado de una persona.

—Otra persona, y ¿quién es?

Voy á decírtelo, aunque había jurado guardar cuidadosamente el secreto, esa persona es el médico mejor de la ciudad, al que quiere encargar de recibir á su hijo cuando venga al mundo.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Pues ya puede tomarlo con calma, porque por mi cuenta no tendré que esperar más que siete meses.

JOSÉ CALDEIRO.



¡VADE RETRO!

Amaste á Pedro, á Ignacio, á Marcelino,
á Casto, á Gil, á Justo, á Pepe, á Diego,
á Antón después, á Restituto luego,
y á Lucas, y á Ginés, y á Juan, y á Lino.

Y amaste á Cleto, á Félix, á Faustino,
é inextinguible tu amoroso fuego,
amaste á Blas el sordo, á Luis el ciego,
y al Pancho aquel que de las Indias vino.

Hoy, vieja, pobre y fea — ¡guarda, Pablo! —
te hace exhalar interminable queja
el insufrible solteril achaque.

Mas ¿quién te ha de querer ¡llévete el diablo!
si, además de ser fea, pobre y vieja,
tienes, en vez de un *alma-naque*?

BR. FRANCISCO DE OSUNA.

LA ÚLTIMA POESÍA

Mi existencia y mis fuerzas he perdido;
y perdi mis amigos y contento,
y por perderlo todo, hasta el aliento
por quien está mi genio sostenido.

Cuando al fin la verdad he conocido,
que era una amiga comprendí al momento,
y al concebirla así, mi pensamiento
hallábase cansado y abatido.

Inmortal es su ser; los que en el mundo
jamás la conocieron, la ignorancia
vieron no más con su tupido manto

¡Ay! del alma la voz en lo profundo
responde al cielo en mi terrestre estancia:
¡Sólo es mi bien y mi consuelo el llanto!

MUSSET.

MISCELANEA

—¿Me das tabaco para hacer un cigarrillo?

—Ahí lo tienes.

—Ahora necesito papel.

—Toma.

—Venga una cerilla.

—Ahí va. Y si quieres que te fume el cigarro, no
tienes más que decírmelo.

Espíritu de contradicción:

—No fué Andrés Chenier quien, al subir al patí-
bulo, se golpeó la frente y pronunció una frase fa-
mosa?

—Sí, pero fué al bajar.

Un poeta, se presenta timidamente ante el direc-
tor de una revista y le dice:

—Presento á usted estos versos que quisiera...

El director, sin dejar de escribir:

—Echelos usted mismo al cesto. Ahora estoy
muy ocupado para echarlos yo.

—¿Qué profesión ejerce usted?

—Me ocupo de caminos y puentes.

—¿Es usted ingeniero?

—No, señor... barrendero.

En un baile:

—La señorita á quien acabo de presentarte tiene
mil duros por cada año de su vida.

—¿Y cuántos años tiene?

—Veinte.

—Es demasiado joven y hay que dejarla crecer
para pedir su mano.

Entre amigos:

—¿Cómo sigue tu tía?

—Pues tan tiesa.

—¿Goza aún de buena salud?

—No hombre; si murió el año pasado. Por eso
digo que tan tiesa.

—Estás pálido; ¿de dónde vienes?

—De casa del dentista.

—¿Y qué te ha sacado?

—¡Cinco duros!

Consulta médica:

El doctor.—El agua de mar es milagrosa para la
salud.

El cliente.—A veces no. Tenía yo un amigo al
que le hizo mucho daño.

—¿De veras?

—Sí, señor. El infeliz murió ahogado.

En unas maniobras militares se hace la prueba
de las ambulancias

Un sargento dice á un soldado:

—Tú, ¿qué tienes?

—La metrala me ha arrebatado los brazos y las
piernas.

—No importa. Lleva estas órdenes al capitán y
entregaselas.

Entra Carlos en casa de un usurero, en el ins-
tante en que éste empieza á escribir una carta di-
rigida á un conocido caballero de industria.

—¿Pero qué es esto?—exclamó Carlos.—¿Llama
usted á ese bribón *muy señor mio*?

—¿Pues cómo encabezo la carta?

—Ponga usted... *mi querido colega*.

Dos hombres de muy mal genio caminan por la
misma acera, en sentido contrario. Al llegar uno
frente á otro ninguno quiere ceder el paso.

—Yo no doy la derecha á ningún imbécil—grita
uno.

—Pues yo sí. Pase usted—contesta el otro, reti-
rándose.

—Mi hija es intolerable—decía ayer doña Cir-
cunción.—Tiene diez años y ya quiere presumir
como si tuviera veinte. ¿A que no sabe usted lo
que quiere que la compre?

—¿Qué?

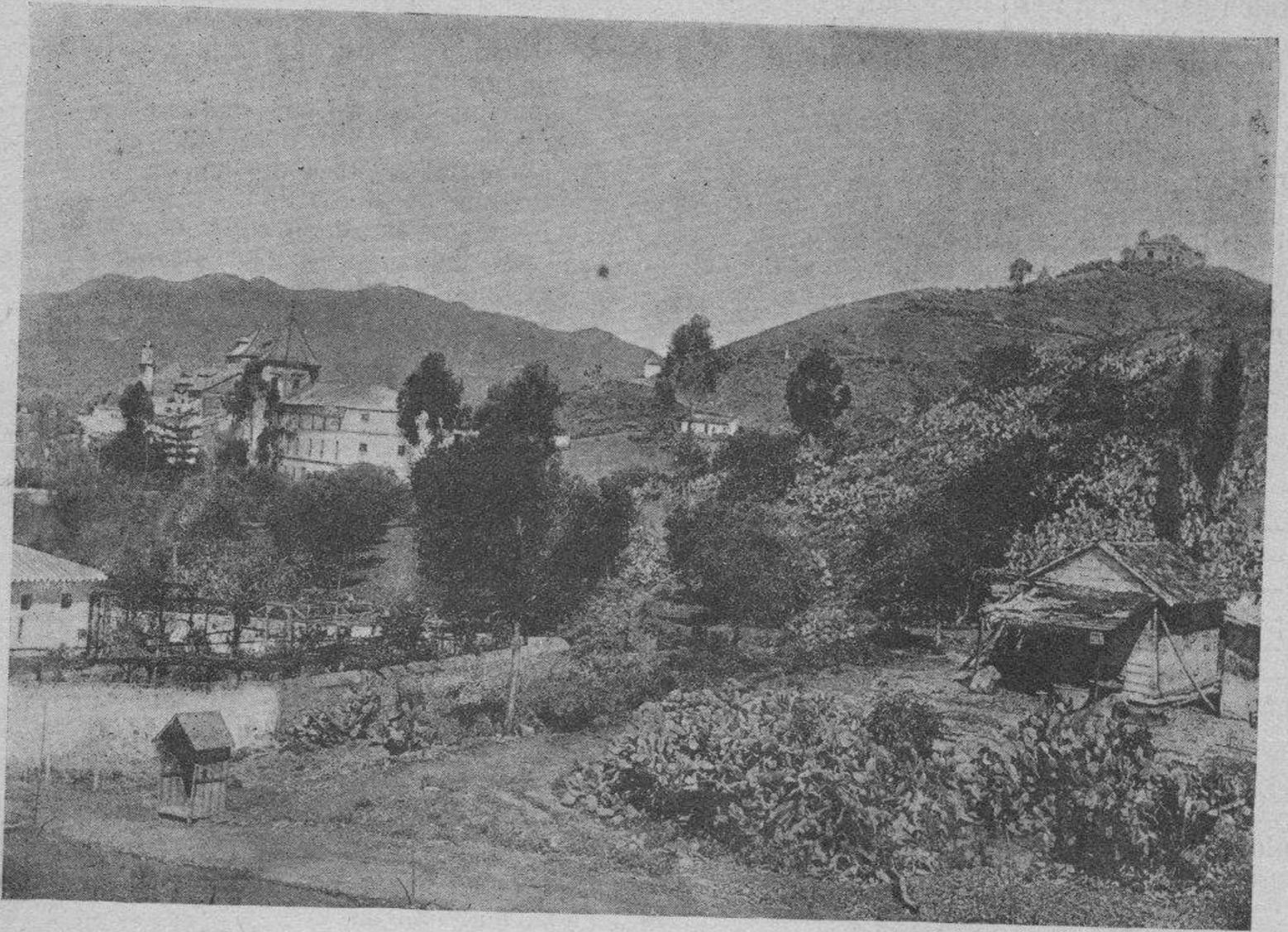
—¡Un cepillo de dientes!

Se halla de venta el cuarto número de **EL TEATRO UNIVERSAL**

Se halla de venta el décimoséptimo cuaderno de **LA GUERRA DE CUBA**

Imprenta LA ILUSTRACION, á c. de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barcelona.

VIAJE POR ESPAÑA — MALAGA



Fot. de Hauser y Menet.

El monte calvario.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTÍSTICO

Director:

V. SUAREZ CASAN

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre.	5 Ptas.
Un año.	8 »
Extranjero y Ultramar.	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
—Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA
PARA LA VENTA

de
periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4

LA SACTA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 13 DE FEBRERO DE 1896

NÚM. 273

15 CÉNTIMOS





Ahora sí que está perfectamente justificado el título de estas crónicas madrileñas. Medio Madrid anduvo de callejeo la noche del martes, para ver lo que pasaba cuando llegase el general Martínez Campos *retour* de Cuba.

Se sabía que había esquivado en el espíritu público, y que el gobierno, curándose en salud, estaba dispuesto á que no hubiese *jolgorio*, ese *jolgorio* tan del gusto nacional. Para lograrlo, se sembró en el camino que había de recorrer el general, desde la estación á su casa, todo el tercio de la guardia civil, y buen golpe de agentes de orden público, y una nube de los de orden privado, ó sean agentes secretos.

Mi opinión es que las demostraciones inculcadas de todos contra uno deben condenarse, por grande que sea el fundamento de ellas. No tengo opinión sobre el general Martínez Campos, y si alguna tuviera, no le sería ciertamente favorable; por esto mismo, mi imparcialidad me obliga á declarar que oí con disgusto la silba con que fué *saludado* el general al subir á su coche. Aquel hombre había declarado noblemente y varias veces que había fracasado, que se había equivocado. Harto significativo hubiese sido verle desfilarse en silencio, como hace todo público discreto cuando no le gusta el drama.

Hizo una noche húmeda y fría, y dentro de ella dió la nota lúgubre la muerte trágica, á manos de un guardia civil, de un infeliz que había silbado. La excitación popular fué grande por este hecho, que consagró con terrible aparato un delito nuevo: el delito de correr.

El que callejeando observa, pudo fijarse esa noche una vez más en la sugestión que la curiosidad ejerce sobre las mujeres. Como ha sucedido siempre que se ha temido que hubiese *jaleo*, no faltaron señoras, incluso en las primeras filas; van siempre allí donde se presume que puede ocurrir algo, á reserva de desmayarse cuando el *jaleo* estalla, como se desmayaron muchas curiosas impertinentes al sonar el

estampido del disparo que atravesó con un balazo al pobre pescadero que protestaba y corría.

Pero como somos el pueblo más fácilmente impresionable y versátil de Europa, dos días después nadie se acordaba del pescadero muerto, pero todos comentaron el hecho de que el general, que se había dejado la barba en Cuba, trayéndosela á la Península — graciosa contradicción del idioma, — se había

afeitado de nuevo, restableciendo la perilla con que ha sido reproducido en retratos y caricaturas.

¿Quién se acuerda ya de aquel pobre hombre fusilado porque corría?

Se discute con mucho calor sobre la conveniencia de suprimir el Carnaval en vista de las tristezas que siente la patria, ó de celebrarlo de todos modos en la manera de hacerle producir, destinando el importe de la *diversión* al alivio de heridos é inválidos de la guerra.

Hace muchos años que el Carnaval era patrimonio de gentes de ingenio y buen humor; hoy es un desbordamiento de que se aprovechan los tontos y los borrachos. En principio me parece, dado su actual y miserable estado, que debía suprimirse radicalmente sin contemplaciones; la humanidad se ha formalizado y no se disfrazan más que aquellos que siguen siendo niños.

En Madrid es ya el Carnaval algo molesto y sucio, que atenta contra el buen gusto y el ornato público. No hay razón que justifique, que se haya suprimido la selvática costumbre de ir á esperar á los Reyes la noche del 5 de Enero, y no se haga lo mismo con el espectáculo que durante tres días se da en las calles de Madrid, á las que salen todos los detritus y despojos colocados á modo de disfraz sobre los hombros

de un centenar de individuos que se emborran de paso y constituyen en la vía pública un estorbo y hasta un peligro para la ropa limpia.

El año pasado se intentó copiar á Niza llevando el Carnaval al Retiro y estableciendo la batalla de flores, pero aquí la masa es anti artística y aquello no resultó; la masa ignora, que dicen los poetas chirles, siguió disfrazándose con esteras viejas y emborrachándose con vino tinto. La tradición repugnante venció al buen gusto.

El impuesto sobre el Carnaval acabaría seguramente con él como acabó con la costumbre de la espera de los Reyes, y al cabo de tres años sólo sería un recuerdo.

Los eclécticos han encontrado un término medio: imponer al Carnaval una tasa para alivio de los heridos de la guerra, idea que me parece excelente porque algo produciría con aquel fin, y porque sentaría el precedente del impuesto que podría invocarse en años sucesi-

vos hasta la extirpación de esta costumbre estúpida y nada seria.

Al fin ha habido un éxito verdad para un teatro.

Un poeta muy delicado, Carlos Fernández Shaw ha escrito una zarzuela en un acto, *El cortejo de la Irene*; sobre el modelo de la clásica zarzuela, sin efectos gordos, acostumbrados en el género chico, sin chistes capaces de levantar ampolla.

Chapí ha tomado este libro con gran cariño y ha escrito una de las partituras más inspiradas y más españolas que yo recuerdo.

El cortejo de la Irene puede señalar el principio de una evolución en el género de zarzuela chica que ya el mismo público pedía, harto de que se le ofrecieran siempre los mismos platos con iguales condimentos fuertemente salpimentados.

FEDERICO URRECHA.

CANTARES

Tú dices que amas al prójimo
porque eres buena cristiana;
yo también prójimo soy
y sin embargo no me amas.

El arco iris no es perfecto
pues que le falta un color;
el color de la inocencia
que es el color del rubor.

Entre pájaros y flores
pasaste tu juventud
y entre flores y gusanos
pasarás en tu ataúd.

Crisálida en tu niñez
y mariposa en tu infancia
adulta eres una rosa
por tu hermosura y fragancia.

El amor es á los quince
brisa puesta en diapasón
á los treinta es huracán
y á los cuarenta ciclón.

Los ángeles de la iglesia
se muestran muy enojosos
porque te mira la Virgen:
¡mira si serán celosos!

Has dicho que no me quieres
porque no he llegado á rico
sin embargo pobre fué
Nuestro Señor Jesucristo.

El clavel te dió el color,
la gacela su mirar,
la azucena su pureza
y su inocencia el azahar.

SEVERO CURIA.

MI VECINA

Como guapa es guapa, no habrá quien lo niegue si tiene ojos en la cara y un poco de buen gusto y sabe distinguir una rosa de una col.

Y como buena chica, tampoco puede dejarse de reconocer que lo es, en toda la extensión de la palabra.

Trabaja de modista en su propio domicilio y no tiene de modista más que la ocupación, con la cual gana el sustento para ella y para su anciana madre.

Supongo que habrán comprendido ustedes lo que en el anterior párrafo he querido decir y, sin más explicaciones sobre el asunto, continúo.

Mi vecina, á pesar de ser guapa y buena chica, no está exenta de defectos.

¿Quién se halla exento de ellos en este picaresco mundo?

La reflexión que antecede, por lo nueva y

profunda, podría conducirme muy lejos, y como estoy algo cansado, prefiero dejarla á secas á remojarla en la salsa de las consideraciones á que se presta.

Me ceñiré, pues, á consignar que el defecto de mi vecina, de la simpática Rosita, consiste en ser excesivamente aficionada á la lectura de las novelas por entregas.

La incauta joven no sabe que así como el áspid se esconde entre las flores, esos cuadernos, con ó sin cromos á varias tintas, envueltos en una cubierta de papel de estraza superior, con títulos llamativos como *La locura de un cuerdo ó el seductor de su padre*, *Monja, no driza y barbero ó la esposa de su tío*, *De la tumba á la timba ó el levantador de muertos*, etc., etc.; la incauta joven no sabe, digo, que los tales cuadernitos, de inofensiva apariencia, han causado más de una catástrofe, han chillado á más de cuatro muchachas honestas, y á ella, si no

GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. Loresecha.

Fot. Napoleón.

GENERALIS ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. José García Navarro.

Fot. Napoleón.

la han sorbido el seso, la han acarreado ya un defecto que la pone no pocas veces á la risa y á chacota de las personas que la tratan.

La pobre chica, cuya educación no es de las más esmeradas, ha aprendido en las tales novelas y en los periódicos, cuya lectura también la agrada, una porción de términos de los que ignora el significado y que aplica á su capricho, pero con la misma fortuna que aquel ciego que tenía la manía de que por el tacto era posible conocer los colores y en poniendo la mano sobre un objeto exclamaba, sin acertar ni una vez siquiera: Esto es azul, ó encarnado, ó verde mar...

La última vez que estuvo aquí Sara Bernhard, Rosita fué á verla y, al día siguiente, la pregunté:

—¿Qué tal la función?

—¡Oh! ¡Magnífica! ¡Incombustible!

—¿Eh?

—Sí, señor... ¡Qué mujer aquella!... Yo no la entendía una palabra, pero sólo de verla accionar, aseguro á usted que todavía estoy *intacta*.

No lo puse en duda, pero tuve que mordermelos labios para no soltar la carcajada.

Otro día y como quiera que yo alabase el traje de una señora que pasaba por la calle, me dijo Rosita, llena de satisfacción:

—Pues lo he hecho yo... ¿No es cierto que la está muy *correlativo*?

Ya he dicho y repito que es buena muchacha, lo cual no impide que tenga novio, aunque novio formal, oficial por partida doble, pues está consentido por la mamá y es oficial de sombrerero.

El tal novio sabe muy bien, cuanto vale la chica, á la que quiere de veras, y cuando llegue la ocasión, procura demostrárselo con algún agasajo.

Esto ocurrió el día del cumpleaños de su prometida, á la que mandó un precioso regalo.

Y ella cuando yo pasé á su domicilio á darla los días, después de enseñarme el obsequio del

novio, exclamó, poseída del mayor entusiasmo:

—¿Verdad que es muy bonito?... No puede usted figurarse la impresión que me hizo... Apenas lo vi, me quedé *interfecta*.

Sería el cuento de nunca acabar, si hubiera de referir á ustedes todos los disparates por el estilo que se le ocurren á mi vecina.

Pero no puedo resistir al deseo de añadir uno más á la lista, antes de poner término á estos deshilvanados renglones.

No hace mucho me dijo mi vecinita:

—Ya sé que usted es hombre de letras.

—Sí, hija mía, aunque me esté mal el decirlo; lo único que siento es que, entre tantas como he hecho en mi vida, ninguna ha sido de cambio y descontentable á la vista.

—Bueno; es el caso que yo tengo una duda y quisiera que usted me sacara de ella.

—Pues la sacaré á usted, si está en mis facultades.

—¡Ya lo creo! Ustedes los que escriben, lo saben todo.

—Según y conforme: á veces lo sabemos todo como los maridos de las comedias que, por lo general, no saben nada, aunque se creen otra cosa. Pero venga esa duda y ya veremos.

—En rigor no es duda: es que he leído un anuncio que dice *La Neotafia* y no sé lo que eso significa.

Yo procuré explicárselo como Dios me dió á entender; le hablé de raíces griegas y latinas y de otra porción de cosas, de todas las cuales, por lo que resultó después, Rosita sólo sacó en limpio que neotafia era cosa de muertos.

Anteayer hubo una defunción en la casa de enfrente á la que habitamos ella y yo.

—¿Con que se ha muerto nuestro vecino don Serapio?—la dije cuando tuve ocasión de verla.

Y la chica, levantando los ojos al cielo y con aire de profunda conmiseración, me contestó:

—¡Ay! Si... El pobre señor se quedó anoche completamente *neotáfico*.

BLAS QUITO.



LAS BARRICADAS

I

Era el sargento Marcos Prieto, el más bullanguero y decidor de todo el regimiento, siempre tenía á mano algún chiscarrillo, y no se contaba nunca nada delante de él, que no le inspirase algún sabroso y pintoresco comentario; querido por todos sus jefes, y respetado por sus inferiores, no perdonaba sin embargo la más pequeña infracción de la ordenanza, ni toleraba tampoco la más leve falta á la disciplina.

A pesar de esto, siempre estaba dispuesto á la benevolencia, y más de una vez; se habían librado gracias á él, los soldados de su compañía, de muchos días de calabozo, ó habían despachado con unas cuantas guardias de castigo, la falta que sin su intervención, habría termi-

nado en alguno de los disciplinarios de Ceuta ó de Melilla, lo cual le había granjeado las simpatías y el cariño de todos.

Ello era que toda la compañía en masa, se dejaría matar por el sargento, y le llevaban como suele decirse en volandas en el regimiento, era el brazo derecho del coronel un bravo y digno militar algo chapado á la antigua, severo ordenancista, y fiel mantenedor de los estrechos principios de la disciplina, á pesar de lo cual, no acostumbraba á hacer nada en el regimiento, sin consultarlo precisamente con Prieto, su consejero responsable, como familiarmente le llamaba, cuando subía á su pabellón.

Era en aquellos tiempos de contiendas y revueltas políticas, en que los entonces llamados

demócratas, andaban minando los cuarteles, y en que á cada dos por tres, se sacaban las tropas á la calle. El regimiento en que servía nuestro sargento, no había sido de los menos solicitados por los revolucionarios, que habían celebrado con Prieto, multitud de conferencias, unas en el café de San Marcial, á donde concurría después de la lista de la tarde, y otras en el de «La Iberia» al que acudía las noches que podía conseguir un permiso, que pocas veces le era negado, pero sin que en ninguna de ellas, hubiesen obtenido del buen Prieto, otro resultado que la relativa complicidad del silencio.

Y no era esto poco conseguir del sargento, porque dado su temperamento y condiciones, debió en la primera ocasión ir en seguida al coronel con el cuento, como suele decirse, lo que quizá le hubiere valido la ambicionada estrella en la manga, por conseguir la cual, tantos sacrificios venía haciendo de largo tiempo. Ello fué que escuchó sin denunciarlos á los demócratas, y que éstos pudieron suponer que contaban con la neutralidad del regimiento en que servía Marcos, ya que no con su adhesión. Claro es que estando como estaba al tanto de todos los secretos de los revolucionarios sabía cuales eran sus aspiraciones y cuantas revoluciones se proyectaban, con las que contaba para obtener un ascenso, que á decir verdad merecía, después de largísimos años de servicios y que vivamente ambicionaba, no ya por la mayor recompensa, pues venía cobrando á más de su sueldo, dos premios de reenganche, sino por la satisfacción de amor propio, que para él representaba llevar en la manga la divisa de alférez que se proponía lucir pródigamente por todas las calles y cafés de la corte.

Y aun siendo como decimos grandísima esta ambición, no era bastante para hacerle faltar á sus deberes militares, sino que formando en las filas demócratas, se hallaba sin su amigo de la infancia á la vez que lejano pariente, que insensiblemente y poco á poco, le había hecho irse acostumbrando á aquellas reuniones de café, en que teóricamente se arreglaba el país, y que entonces como ahora había siempre así que se juntaban media docena de personas.

Mucho tiempo hacía ya que venía preparándose una asonada, que estaba muy próxima á estallar, y de tal modo se hallaban excitados los ánimos, que ya el gobierno tenía dispuestas todas las tropas sobre les armas, en los cuarteles, preparadas para sacarlas á la calle al menor asomo de motín.

La noche en que comienza nuestro relato hallábase el sargento Prieto en la compañía, despierto á pesar de lo avanzado de la hora, pues ya hacía rato que habían sonado las dos en el reloj del Palacio Real, el fusil al alcance de la mano y puesto todo el correaje, lo mismo que todos los demás que la formaban en cumplimiento de la orden dada por la mañana, por ser aquella la señalada por los revolucionarios para provocar un motín que derribase al Go-

bierno, cuyas demasías no podía ya sufrir el pueblo por más tiempo, según repetían en todos los tonos, en los casinos y en los clubs.

A pesar de tales augurios habían ido transcurriendo las horas sin que ocurriese novedad alguna aparte de la esquisita vigilancia que en el cuartel se ejercía, cuando súbitamente pareció oírse en la calle un murmullo emordecador, algo así como si un gran número de personas que hacia él se dirigiesen tumultuosamente.

Apresuradamente levantóse Prieto apenas escuchó el expresado rumor, dirigiéndose hacia la puerta, no sin coger antes el fusil que junto á la cama tenía colgado, encontrándose al llegar junto á ella al ordenanza de la guardia al que también había despertado el ruido y que acudía de orden del capitán para que levantándose inmediatamente la compañía se hallase dispuesta para salir al primer llamamiento.

Rápidamente circuló la orden por todo el cuartel, y breves minutos después hallábase el regimiento formado en el patio, aguardando la de salida, que no se hizo esperar mucho tiempo en cumplimiento de la cual salió á la calle dividiéndose en dos secciones, una que tomó la calle de Bailén hacia Palacio, y otra que subió por la de Leganitos en dirección á la plaza de Santo Domingo.

En esta última y á la cabeza de su compañía caminaba el sargento Prieto siguiendo la acera derecha arma al brazo y dispuesto á echarse el fusil á la cara apenas notase el menor indicio de que se hallaban cerca los revolucionarios.

II

A primera hora de la noche en que tuvieron lugar los acontecimientos que venimos narrando se hallaba llena de gente la taberna del señor Pedro Grajales en el número 103 de la calle de Toledo. Todos los concurrentes discutían á voz en grito, y parecían hallarse los ánimos muy excitados, cuando acertó á entrar en ella el señor Isidro, el tripicallero del Rastro, persona de gran prestigio y autoridad en el barrio, conocidísimo en él por sus ideas avanzadas que ya le habían costado cruzar por dos veces el charco hasta Fenando Pó, en el que había pasado dos largas temporadas, y por lo que venía siendo desde mucho tiempo atrás objeto de la vigilancia de la policía.

—Está todo dispuesto—dijo al entrar.

—Exactamente como lo has encargado,—manifestó el señor Pedro Grajales que se hallaba en aquel momento midiendo medio chico en el mostrador, los fusiles están en la cueva y la gente citada para esta noche á las once.

—Nos reuniremos entonces á la una, en la Plaza de Santo Domingo, en la que ya están esperándonos el señor Andrés, el de Manarillas con su gente tras de la barricada que deben levantar desde las once, ya lo sabéis iréis llegando uno á uno, ó cuando más de dos en dos para no excitar las sospechas de los guindillas, que de este modo yo os aseguro que mañana habrá nuevo gobierno, y dentro de ocho días me ve-

GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. Montero.



Excmo. Sr. D. Carlos Denis.



Excmo. Sr. Junquera.



Excmo. Sr. D. Sixto Torreblanca.

Fots. Napoleon

réis de comandante del batallón que hemos de formar en el distrito.

—Viva el señor Isidro,—exclamaron todos á una vez.

—¡Basta de entusiasmos inútiles! ¡y cuidado con estar á la una en la Plaza de Santo Domingo! ¡y ojo que allí es donde ha de comenzar la gresca, el cuartel de San Gil está á veinte pasos y ese será seguramente uno de los primeros puntos atacados, con que no tengo nada que decir! ahora cada mochuelo á su olivo y á prepararse para las once, hasta luego.

Dijo, y salió majestuosamente, y con aire de dictador de la taberna, en la cual comenzó de nuevo el bullicio que duró hasta que poco á poco fueron saliendo los concurrentes quedando precisamente conformes en reunirse en el sitio y hora indicados para la cita.

III

A la mañana siguiente la taberna del señor Pedro Grajales se hallaba también llena de gente, pero ya no reinaba entre los concurrentes la misma animación que la vispera; el señor Isidro el tripicallero tenía la cabeza cubier-

ta de vendas, que hacían suponer que había recibido en ella varias heridas, y lo mismo que él, la mayor parte de los parroquianos del establecimiento estaban mustios y cabisbajos, ya no se hablaba mal del gobierno, ni había candidatos para la comandancia del batallón de la milicia.

El sargento Marcos Prieto con cuya neutralidad contaban los revolucionarios se había portado como un hombre; alcanzando la estrella ambicionada y los demócratas que peroraban ruidosamente en clubs y casinos, se habían visto precisados á recurrir á la fuga para librarse de las balas de los soldados del regimiento de cuya puntería había buenas pruebas entre los concurrentes á la taberna.

Y tan convecidos se hallaban de lo descabellado de su atrevida tentativa del día anterior que el señor Isidro decía con voz débil y lastimosa.

—¡Cualquier día me vuelven á coger á mi los demócratas! bien podemos decir que anoche salimos solamente para hacer borricadas en lugar de barricadas como nos proponíamos.

JOSÉ CALDEIRO.

LA AVARICIA

Tal como ansia el alma enamorada,
así yo miro la riqueza ajena,
con insistente afán, con honda pena,
hasta encontrarme de ella apoderada.

Cuanto me apropio, oculto. Esclavizada
la guardo con candados y cadena,
y la defiende cual la hambrienta hiena
de otras fieras defiende la tajada.

Si el oro ofrece bienestar y fama,
fuerza, placer y amor y cuanto pida,
el mortal que en gozar piensa y se inflama,
yo prefiero pasar obscura vida
con mi inútil riqueza, en lenta llama
de fiebre, de codicia consumida.

GONZALO CERRAGERÍA.

LA RASTRA

(Anécdota.)

Juan sin carácter, Juana sin conciencia,
ambos pobres y enfermo el triste anciano,
á costas Juan, un día de verano,
de un hospital llevóle á la clemencia.

En el camino, falto de paciencia,
soltó la carga y murmuró inhumano:

—«Y ¡cómo pesa este costal de grano!»
Y gritó el viejo: — «¡Oh santa Providencia!

»¡Eso, eso mismo aquí tu padre dijo
»llevando el suyo al hospital!... ¡Severo,
»justo Dios, no por mí, por Juan me aflijo!»

—«¡Padre—exclamó llorando el jornalero:—
»Vuelve, vuelve á la casa de tu hijo,
»que esta rastra maldita cortar quiero!»

F. RODRÍGUEZ MARÍN.

¡SI SOY LO MAS VIVO!

I

—¿Me amas mucho, Mercedes?

—¡Mucho Eduardo!—respondió la joven dirigiendo á su prometido una mirada llena de amor.— Pero temo algún día me olvides.

—Es decir,—exclamó Eduardo, tratando de dar á sus palabras alguna gravedad,—que me crees capaz de cometer semejante villanía.

—¡No te enfades! pero los hombres...

—¡Acaba!

—Los hombres variáis de opinión al frente de una cara bonita.

—Eso será el que sea—replicó el joven, queriendo coger una de las manos de su adorada por entre los hierros de la reja.

—Estate quieto y vete, que es tarde.

—¿Saldrás mañana?

—Sí, vamos á unas visitas y después á la Castellana, cerca del ángel caído.

—¿El ángel caído en la Castellana? tú no estás buena,—replicó en tono burlesco Eduardo.

—Me equivoqué, ó sea en el Retiro.

—¡Ah!

Y estrechando entre sus manos la de la joven, se separó de la reja subiendo por la calle arriba.

—¡Qué tonta es Mercedes!—iba diciendo.—Me quiere porque soy rico, me lo he figurado, ¡si soy lo más vivo!... pero buen desengaño la espera, por lo pronto el equipo está empezándose y con él se queda... ja... ja... ja...

II

Ocho días después de esta entrevista amorosa, recibía la joven la visita de una amiga íntima y compañera de colegio.

—¿Tú por aquí, Lola mía?

—¡Si, mi querida Mercedes!

—¡Eres una ingrata!

—Si vas á recriminarme me voy, sólo he venido

á comunicarte una conversación, y por cierto desagradable.

—¡Habla, me asustas!

—Ayer en casa de unas amigas mías, las de Martínez, ¿no las conoces?

—Sí, continúa.

—Tu prometido Eduardo se fué de la lengua, diciendo que había comprendido tu idea al amarle, que sólo lo hacías por el interés, que él era muy vivo, y que buen desengaño te esperaba.

—¡Miserable!—exclamó encolerizada la joven

—¡Qué hombres!—respondió la amiga con indignación.—Nunca me gustó ese muchacho, pero por temor de cometer una imprudencia, nunca te dije nada.

—¡Gracias, Lola,—replicó Mercedes abrazándola,—te agradezco en el alma esta prueba de amistad, y á él, te prometo que se acordará para siempre.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

III

No por eso puso fin Mercedes, á aquellos amores, se veían con menos frecuencia, pero siempre demostrándose un amor, que ni uno ni otro sentían.

Y así transcurrieron dos meses, era la víspera de un domingo, Mercedes en la reja hablaba como de costumbre con Eduardo.

—Mañana—le decía el joven, —tengo que poner en tu conocimiento una noticia.

—¡Bueno!—replicó Mercedes—á las ocho y media de la mañana, me esperas en el atrio de San Sebastián, por la calle Atocha, que yo iré á misa

con la muchacha, y ahora vete, que ya es tarde.

—¡Hasta mañana, prenda mía!

—¡Adiós, Eduardo!

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de la joven, mientras cerraba las vidrieras de la reja.

—¡Mañana!—murmuraba Eduardo, yendo calle arriba.—Será el día del desengaño, la diré que mi tío me obliga á casarme con mi prima y que al no hacerlo así, me deshereda; tendremos un disgusto gordo, se desesperará, y sucede lo que yo quiero... ¡Si soy lo más vivo!

IV

Las ocho y media acababan de dar, y ya Eduardo esperaba con impaciencia la llegada de Mercedes.

Estaba gozoso del efecto que iba á hacerla aquella miserable burla.

—¡Ya tarda!—decía paseando á lo largo del atrio.

De pronto, abriéronse las puertas de la iglesia y apareció Mercedes vestida de desposada, agarrada del brazo de un arrogante joven, y seguidos de una inmensa comitiva.

Eduardo lanzó una exclamación de asombro y retrocedió pálido como la muerte.

Mercedes le dirigió una mirada despreciativa, y haciendo un gracioso mohín con la cabeza, exclamó al pasar junto á él, en tono de mofa:

—¡Adiós, vivo!

Una carcajada, burlona y general, salió de la comitiva.

S. VILA.

26 Enero, 1896.

CUENTO DE NAVIDAD

(TRADICIÓN ALEMANA)

Es Nochebuena. Fuera de la choza reina un frío intenso, la nieve cubre con su blanco sudario los campos, las montañas y hasta las peladas ramas de los árboles; dentro, cuatro personas, sentadas en torno de una tosca mesa, cenan al calor que despiden los gruesos troncos ardiendo en el hogar.

Este grupo se compone de un matrimonio, todavía joven y de dos hijos de corta edad, niño y niña. El misero albergue que les cobija revela una gran pobreza, pero la alegría de sus semblantes, la limpieza de sus trajes y la inocente charla de los niños, demuestran la paz de una existencia honrada, laboriosa y tranquila.

De pronto suena un golpecito, tímido y débil en la madera de la puerta.

—¿Quién podrá ser á estas horas y con este tiempo?—exclama el padre.

—¡Desgraciado del que esté á la intemperie en una noche como esta,—murmura la madre.

Los hermanos Alberto y Hulda corren á la ventana.

—¿Quién es?—pregunta la niña.

—¡Abrid!—contesta una voz infantil, dulce y temblorosa; — soy un pobre niño abandonado, tengo hambre y frío y si no me dais posada moriré en medio de los campos.

Alberto abre la puerta de par en par, y envuelto en una ráfaga de aire glacial que hiela momentáneamente la atmósfera de la choza, penetra en ésta un niño como de cuatro años tiritando de frío, heridos los pies, chorreando agua por todas partes.

Un grito general de sorpresa y lástima acoge esta aparición.

—¡Ven, acércate al fuego!—dicen los hermanitos llevándole hacia el hogar.

—Yo no he tocado á mi cena,—añade Hulda presentándole su plato;—come, pobre niño, que mi hermano partirá conmigo su ración.

Los dos esposos contemplan conmovidos la caridad que anima á sus hijos y se esfuerzan en darles ejemplo, colmando de atenciones al pequeño huésped.

—Esta noche ocuparás nuestra cama,—dice Alberto; nosotros no estamos cansados y dormiremos en este banco, cerca del fuego.

Y mientras la madre acuesta al forastero en el lecho de sus hijos, éstos, llenos de satisfacción se duermen sobre el escaño, con el profundo sueño de la infancia.

Pasan algunas horas: un rumor extraño llena de repente el espacio, los dos niños abren los ojos sobresaltados.

Una música desconocida llega á sus oídos.

Levántanse y con el mayor sigilo se aproximan á la ventana; entreabren los maderos y quedan atónitos.

El cielo aparece teñido por el oriente con ráfagas luminosas de rosa y oro. Entre el ardiente celaje se divisa un grupo de ángeles, vestidos de niveas túnicas, que sostienen en sus manos harpas de oro y entonan dulcísimos himnos de alabanza al Dios humanado.

Un ligero ruido, sacando á los hermanos de su éxtasis, les hace volver la cabeza.

¡Nuevo asombro!

¡Detrás de ellos está el niño abandonado que

GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. D. Manuel de la Cerda.

Fot. Napoleón

GENERALES ESPAÑOLES



Excmo. Sr. Conde de Mayorga.

Fot. Napoleón.

poco antes acogieran tan cariñosamente: sí, es el mismo, pero transfigurado, divino! Su albo ropaje, inmaculado cual la nieve de las montañas, lanza reflejos de bruñida plata; en los celestes ojos se leen promesas de gloria y en torno de la rubia cabellera brilla dorada diadema, cuyos rayos de luz iluminan la estancia.

—¡Soy el Niño de Dios!—dice con voz más suave que la caricia de una madre;—¡soy el Niño de Dios y todas las Nochebuenas bajo á la tierra para bendecir á los que me abren sus puertas; vosotros me acogisteis, cediéndome cena y lecho al crearme pobre y desvalido; yo, en cambio, os haré felices en esta vida y en la otra!

Entonces la ventana abre lentamente sus dos hojas sin ser tocada, el Niño-Dios vuela por los aires, rompe al pasar una rama de un pino, que crece junto á la choza y le clava en tierra diciendo:

—Esta rama se transformará en árbol frondoso, que os enriquecerá con su fruto, año tras año, en memoria de vuestra caridad.

Y diciendo estas palabras desaparece en las alturas, rodeado del coro de ángeles que le aguarda.

Cuenta la tradición que apenas iluminó el sol los helados campos, los aldeanos de aquellos contornos, acudían en tropel á contemplar un prodigio inexplicable. Dando sombra al techo de la choza, se elevaba un majestuoso pino, crecido en una sola noche, que ostentaba pendiente de sus ramos multitud de manzanas de oro y estrellas de plata!

Mientras vivieron Alberto y Hulda, todos los años, desde el amanecer del veinticinco de diciembre, aparecía el árbol cubierto de los milagrosos frutos que sus dueños distribuían entre los pobres de la comarca y para conmemorar el hecho, adquirieron desde entonces los alemanes una costumbre que andando el tiempo se extendió á casi todos los demás países; la de obsequiar á los niños en la Nochebuena, dándoles una fiesta, al fin de la cual se sortea entre los convidados gran cantidad de dulces y juguetes que colgando de un pino en miniatura adornan el centro del salón

M. E. C.

LA COMIDA DEL PREFECTO

I

Aquel año habían tenido excelente éxito las maniobras militares.

Los movimientos habían sido regulares, no se había cometido la menor falta, y el enemigo se había dejado vencer puntualmente.

La revista de honor que ponía término á las operaciones había congregado á todas las notabilidades del departamento.

Después del desfile final, que terminó en medio de unánimes aplausos, disolviéronse los grupos, y los oficiales libres de servicio se apresuraron á ir á ofrecer sus respetos á las señoras y á las hijas de los funcionarios públicos.

El prefecto que estaba conversando con un magistrado, le abandonó de pronto al ver pasar al coronel Verdellin.

—¡Buenas tardes, mi coronel!—le dijo.

—¡Calla! ¿Es usted, Duclosoy? ¿Cómo va de salud?... ¿Y la señora?...

—Bien, gracias ¡Qué hermoso día!

—Sí; pero el sol es terrible.

—No diga usted eso. Los coraceros brillaban de un modo extraordinario. Manda usted un regimiento soberbio.

—Creo que puede presentarse dignamente en cualquier parte.

—¿Y piensa usted permanecer aquí mucho tiempo?

—Mañana mismo salgo para París.

—Pues lo siento en el alma. Espero que nos hará usted el obsequio de comer hoy con nosotros en la prefectura.

—Imposible, amigo mío; no estoy presentable.

—¿Y eso qué importa? Mi mujer y yo estamos solos y el agasajo no es cosa de cumplido.

—Acepto, pues, y voy á mi alojamiento á lavarme y cepillarme. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego mi coronel!

II

El prefecto, al separarse del coronel Verdellin, tuvo la desgracia de encontrar en el camino al presidente del Consejo general, el cual le detuvo media hora, luego al alcalde y después al presi-

dente del tribunal civil, por cuyos motivos llegó muy tarde á la prefectura.

Acababan de dar las siete cuando entró en su domicilio.

La mesa estaba puesta y madame Duclosoy, que le esperaba con impaciencia, exclamó al verle:

—Te participo, Emilio, que me estoy muriendo de hambre. Comamos en seguida.

El prefecto y su esposa comieron alegremente y con muy buen apetito y después pasaron á una sala inmediata, donde Mr. Duclosoy encendió un magnífico habano y su mujer se puso á bordar.

A las ocho se oyó un campanillazo.

—¡Una visita!—exclamó la prefecta.

—¿Quién será?—preguntó Mr. Duclosoy.

A los pocos instantes se presentó un criado y dijo:

—Señor prefecto, en el salón espera un caballero.

—¿Quién es?

—Lo ignoro, señor. Usa bigote y tiene aspecto militar.

—¡Vive el cielo!—exclamó el prefecto.—¡Nos hemos lucido!

—¿Qué te pasa?—le preguntó madame Duclosoy.

—Que he encontrado al coronel Verdellin en la revista, que le he convidado á comer y que me he olvidado de la invitación. Pero á las ocho no se va á comer á ninguna parte.

—En París se come á esa hora.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Juan—exclamó la prefecta—dile al cocinero que suba.

A los pocos instantes presentóse éste con su gorra en la mano.

—Es preciso—le dijo madame Duclosoy—que prepare usted una comida en media hora.

—Está bien, señora.

—Para tres personas.

III

El prefecto y la prefecta se dirigieron al salón. El coronel Verdellin se levantó y dijo:

—Dispénsenme ustedes si me he retrasado involuntariamente.

—Nada de eso—contestó la prefecta—no son

más que las ocho. Cuando mi marido me manifestó que vendría usted á comer, me dijo que nos sentaríamos á la mesa á las ocho y media. ¿No es verdad, Emilio?

—Sí, Matilde.

Entablóse una animada conversación sobre diversos asuntos, y al cabo de media hora un criado anunció solemnemente que la comida estaba á punto.

El coronel dió el brazo á la prefecta y el grupo se trasladó al comedor.

Al principio no se oía más que el ruido de las cucharas y de los platos.

El cocinero había improvisado una excelente comida, de la cual se iban absteniendo en lo posible, el prefecto y su esposa.

—Vamos coronel—decía Mr. Duclos—un poco más de trucha.

—Está deliciosa, pero voy á reventar.

—No sea usted hipócrita, coronel; si no ha hecho usted más que probarla.

—Pues venga la trucha; pero á condición de que ustedes también repitan.

—Pues repetiremos.

—Pero noto que ustedes no comen casi nada. Tome usted, señora. Este pastel está riquísimo.

—Gracias, coronel.

Mr. Verdellin se vió precisado á comer por segunda vez de cada plato, sin poder declararse jamás en retirada; pero como si tuviera noticia de la

situación de sus comensales, les obligó á que le imitaran en sus forzadas repeticiones.

Después del café, el coronel se retiró, invocando las fatigas del día.

Apenas hubo desaparecido, el prefecto y la prefecta cayeron rendidos en un sofá, tocaron un limbre y pidieron dos tazas de manzanilla.

Cuando el coronel se vió en la calle, exclamó sollozando:

—¡Bendito sea Dios!

IV

Al cabo de pocos días, el prefecto tuvo que ir á Paris. Al día siguiente de su llegada encontró en la calle al coronel Verdellin.

—¡Buenos días, mi coronel!—le dijo al verlo.—¿Cómo andamos de salud?

—No me hable usted de eso, amigo mío; aún no me he repuesto de mi enfermedad.

—¿Qué le pasa á usted?

—Pues bien. El día que me convidó usted á comer me olvidé de su invitación, y á las seis comí en mi alojamiento. A las ocho fui á disculparme, creyendo que ya habrían ustedes comido; pero en vista de que no era así, no me atreví á decir nada y me resigné á pasar por todo. Ya comprenderá usted que nadie resiste dos comidas seguidas.

—¡Calle! ¡Pues le pasó á usted lo mismo que á nosotros!—exclamó aturdido el prefecto.

A. VELY.

FRUSLERÍAS

Del corazón de una mujer hermosa
puede decirse lo que dijo Dante
al hablar de la entrada del infierno:
Lasciate ogni speranza, voi, ch'entrate!

Yo no sé por qué medio misterioso
el amor hace al hombre enamorado;
si vive desdichado, venturoso;
si vive venturoso, desdichado.

No cometamos nunca el disparate
de decir que el amar es tontería,
porque eso á confesar equivaldría
que somos todos tontos de remate.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

MISCELANEA

Después de diez años de matrimonio, Juan y su mujer viajan en ferrocarril.

—Préstame el periódico que estás leyendo—dice la esposa.

Y el marido le contesta:

—Cuando lleguemos al próximo túnel.

* * *

Un ambicioso va á consultar una sonámbula.

—Vendrá día—le dice la adivinadora—en que todo el mundo se descubrirá á su paso.

—¿Cuándo?

—El día de su entierro.

* * *

Una señora muy presumida está en su tocador.
—¿Qué pelo le pongo á usted hoy, señora?—le pregunta la doncella.

—El pelo negro. Voy á un funeral.

* * *

Vicente Gedeón, hijo del insigne bobo, se lamentaba ante varios amigos de los disgustos que le causaban algunos pleitos que tenía pendientes.

—Debes transigir con tus contrarios—le dijo uno.

—De ninguna manera—contesta Vicente—defenderé los intereses de mis hijos hasta que me quede sin una peseta.

Se halla de venta el quinto número de **EL TEATRO UNIVERSAL**

Se halla de venta el décimo octavo cuaderno de **LA GUERRA DE CUBA**

Imprenta LA ILUSTRACION, á c. de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168—Barcelona.

FANTASIAS FEMENINAS



Comprimirse...

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO-ARTISTICO

Director:

V. SUAREZ CASAÑ

TODA LA CORRESPONDENCIA

A D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco n.º 3. Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Semestre..	5 Ptas.
Un año.	8 »
Extranjero y Ultramar.	15 »

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
 — Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—
 Pago adelantado.

CORRESPONSAL EN BARCELONA
 PARA LA VENTA

de
 periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA
 Rambla del Centro, Kiosco n.º 3.

- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *El Liberal* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *La Correspondencia de España* ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ *El Heraldo* ◆ ◆ *El Globo* ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ *El País* ◆ *El Enano* ◆ *La Granvía* ◆
- El Pelotari* ◆ ◆ ◆ *La Bandera Federal*
- ◆ ◆ ◆ ◆ *El Nuevo Mundo* ◆ ◆ ◆ ◆
- ◆ ◆ ◆ ◆ ◆ *La Lidia* ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4